

# HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

## MR. TACHO DE BASURA (REALMENTE LE ENCANTAN LOS BILLETES)

Estaba demasiado aburrido. Y la verdad, al pobre William ya no le quedaba nada por hacer. Nada de nada.

Se trataba de uno de los tantos hombres que se habían multiplicado durante los años noventa en Tammerlane, los cuales se independizaban de sus padres, y se alquilaban un departamento para estar solos y en paz, beber los fines de semana junto a algunos amigos, llevar a alguna que otra muchacha, ver televisión, y de vez en cuando traer trabajo de la oficina para continuarlo en las noches de insomnio.

Coincidentemente, para cuando William fue despedido de su trabajo, tampoco consiguió ninguna chica pasajera, y sus amigos se perdieron de vista. Por su parte, la televisión ya lo estaba aburriendo. Tampoco le gustaba leer, salvo los subtítulos para sordos de las películas.

Entonces?

Entonces se levantó, tomó algo del fajo del dinero de la indemnización del trabajo, y salió a recorrer el Centro del Pueblo.

Estuvo mirando muchas vidrieras, y se metió en un Centro Comercial donde se compró un llavero de una famosa caricatura de televisión y cine. También se compró un cono helado sabor vainilla, y miró algunos traseros de las muchachas que pasaban por ahí.

Más tarde, volvió a la calle, y dándose cuenta que seguía aburrido, decidió ver si encontraba algo un poco más interesante.

Y caminó, caminó y caminó.

Vio otras tantas vidrieras, y no vio nada bueno. En realidad, lo bueno era caro, pero tampoco lo caro le interesaba demasiado.

Hasta que de golpe lo encontró. Ahí estaba. Hermoso color, hermosa forma, buen tamaño y buen precio. No tenía uno de esos, y por eso se dispuso a verlo más de cerca. Era un tacho de basura plástico color turquesa, de medio metro de altura, con una tapa que se abría cuando se pisaba el pedal.

- Buenas tardes. - le dijo el hombre que atendía el bazar, arrastrándose por el piso debido a que no podía caminar - Lo puedo ayudar en algo?

- Quiero saber si ese tacho de basura es tan bueno como parece.

- Hombre! Un tacho es un tacho! Qué otra mierda quiere de un tacho?

William estuvo por responder algo, pero no lo hizo.

- Lo llevo. - se limitó a decir.

Durante el trayecto de vuelta, pensó en ubicarlo en el comedor, cerca de la mesa donde almorzaba y cenaba, y desde allí tirar todos los papeles, basuras, colillas de cigarrillos, pelusas, etcétera, que se le ocurriera.

Y por un instante la angustia atacó su pecho: inconscientemente deseaba que la emoción perdurara lo suficiente como para distraerlo de tanta calma y desolación.

Llegó a la entrada del edificio, abrió la puerta, entró, tomó el ascensor y llegó a su departamento en el octavo piso.

Encendió la luz y observó el comedor.

- Ése es el lugar justo! - se dijo, y se encaminó a colocar el tacho.

- Ahora, a estrenarte! - le dijo al objeto.

Entonces tomó un bollo de papel que descansaba en la mesa desde hacía dos días, y lo lanzó dentro del tacho, no sin antes pisar el pedal.

- Provecho. - le dijo al tacho, y se fue por una ducha.

Por la noche, comió veloz, usó más servilletas que nunca, fumó más que nunca, y se apresuró a juntar todos los desperdicios. Cuando se puso a mirar televisión, acercó el tacho al sillón, y se limpió la nariz con papel en reiteradas ocasiones con tal de continuar con su nuevo juego.

Y fue feliz.

Cerca de las cinco de la mañana, apagó el televisor, sacó el tacho al pasillo de su piso, y lo vació en el cesto del consorcio. Regresó a su hogar, apoyó el tacho en su lugar, y se lo quedó mirando por unos segundos. Luego pisó el pedal.

Vacío.

William sintió el mismo vacío en su pecho. Por suerte podría solucionarlo al día siguiente, llenándolo nuevamente de basura.

Pero en el fondo temió. Hasta cuando duraría aquella farsa?

Apagó la luz del comedor, se retiró a su cuarto y se acostó.

Mientras tanto, en el comedor, el tacho se movió un centímetro, justamente apuntando al fajo de billetes sobre la mesa.

Para noche siguiente, William se sentía mal.

Había llenado y vaciado el tacho más de diez veces. Todo un récord. Lo había llenado con cualquier cosa, incluso hasta con revistas de la semana que aún quedaban leer. Todo para llenar ese maldito vacío infinito.

Entonces se dio cuenta que ya se había aburrido. La alegría había durado poco y no había mejorado su vida para nada.

Y se sentó a observar el tacho de basura.

- Ahora qué? - se preguntó William.

Pero el silencio hizo eco de su voz. Y eso también lo hizo sentir mal.

- Los billetes... - se oyó.

- Eh?! - se atajó William, y miró a todo el comedor. - Quién es?!

Pero hubo silencio.

Y William pensó que había sido su imaginación.

- Los billetes...- retomó la voz.

William se puso de pie y miró a un lado y otro con más detenimiento.

- Te dije que me des los billetes! Sos sordo o qué?!

El hombre retrocedió unos pasos, y su interior se ahuecó del horror.

- No! No puede ser. Si yo no me drogo.

- Yo tampoco me drogo, pibe.- le respondió el tacho de basura.

- Entonces?

- "Entonces" qué?!... Nada!! Te dije que quería los billetes, o no los ves?!... Cuánto hay ?... Cinco mil, diez mil?...

- Ocho mil.

- Ocho mil?!... Buena plata!! - dijo el tacho contento.

William siguió sin comprender: el tacho de basura por el que había pagado tres pesos, estaba hablándole. Para hacerlo, se valía de abrir y cerrar la tapa. Tenía la voz de hombre maduro, desgastada pero con tono seguro.

- Y?! Me los vas a dar o qué?! - insistió el tacho.

- No, no, no!... No puede estar pasando! - se dijo William, mientras comenzó a girar por el comedor, con una mano en la frente. - Sé que muchas veces pasan cosas locas en Tammerlane, pero esto... billetes...

- Y qué otra cosa te voy a pedir?

- Nada... yo qué sé... Me podés pedir basura... - y William se dio cuenta lo que hizo, y... - No! Le estoy hablando!!

- Serías un irrespetuoso si te callás!... Después de lo que hice por vos... Te hice compañía!!! Fui tu amigo!! Me tuve que tragar toda esa porquería para que vos te sientas lleno!!

William volvió a ocupar su asiento. La cabeza le iba y venía.

El tacho lo miró enojado, aunque no se le notaba el gesto ya que no podía fruncir nada de su plástico cuerpo.

- Qué vas a hacer? Me vas a dar la plata o no?

- Pero,... por qué estás tan empeinado por la plata?

- Porque me gusta! Me gusta mucho... A vos no?

- Sí... pero prefiero usarla en vez de tirarla.

- Y quién dijo que me la vas a tirar?... Solamente te pido que me alimentes, y a cambio te voy a dar una sorpresa...

- Qué tipo de sorpresa?

- Yo que sé! Probá de una vez, tarado mental! Que me estoy cansando...

William lo pensó. Miró hacia el fajo de billetes de la indemnización, los cuales le debían durar hasta que consiga un nuevo empleo. Pensó otro poco.

Finalmente, estiró su mano, tomó el primer billete, uno de diez pesos, y lo acercó con cuidado hasta el tacho de basura. El tacho comenzó a abrir lentamente su tapa, y William soltó el dinero.

El billete descendió suavemente por el aire, entró al centro del tacho, y éste se cerró inmediatamente.

- Y? - preguntó William, después de esperar unos segundos.

El tacho abrió su tapa y de su interior expulsó una pequeña muñeca de porcelana, la cual se cotizaba en el mercado por cuatro pesos. La muñeca flotó en el aire, y William la atajó.

Cuando la tuvo en la mano, la observó y volvió a sentarse, anonadado.

- De dónde salió esto? - le preguntó al tacho.

- De adentro mío. Es mi paga, querido... No soy un tacho cualquiera! Si me das lo que quiero, te doy diversión.

- Pero... una muñeca de porcelana?

- Es lo que se me ocurrió en el momento. Ahora, no vayas a creer que saco autos o algo por el estilo.

William se puso lentamente de pie, con la muñeca en mano a la cual no le podía quitar la vista, y se encaminó hasta la repisa a un lado del comedor. Llegó a ella, y apoyó el obsequio con cuidado.

Regresó al tacho, pisó el pedal y miró a su interior. Nada. Sólo vacío.  
Soltó el pedal.

- Te gustó?... La muñeca, el truco, lo que sea. Te gustó?

- Sí.

- Entonces dame otro billete!

William miró a la mesa. Realmente que valía la pena. Sin embargo, tomó otros diez pesos con culpa y se los dio al tacho.

El tacho lo tragó, para a escupir en segundos un oso panda de peluche de unos veinte centímetros. El oso voló por el aire, y William lo atajó. Su valor en el mercado, era entre dos y cuatro pesos.

William contuvo el oso entre sus manos. Luego sonrió.

William comenzó a acostumbrarse lentamente al tacho de basura y sus trucos. Y experimentó la sensación que nunca más en su vida se aburriría.

Todo se había vuelto un hermoso y entretenido juego. Enseguida, las manos del muchacho se llenaron de adornos, muñecos, lápices, lapiceras de colores varios, alfajores, disquetes de computadora, manijas de puertas, sombreros de paja y de seda, y muchas, muchas cosas más. Fueron tantas las cosas que salieron de la boca del tacho, que William tuvo que empezar a hacerse de espacio en su departamento.

Y el dinero?... Bueno, de a poco se iba acabando. El gran fajo de billetes había empezado a reducirse de forma acelerada con el transcurso del día. Pero eso no importaba: el tacho había vencido al vacío.

Durante ese primer día, la relación entre el tacho y William fue mejorando. El tacho le comentó que su nombre era Mister, y William le dijo que se llamaba William. Entablaron muchos diálogos, y el hombre le contó algo de su vida. El tacho le contó que era único en su especie, aunque no recordaba su nacimiento en la fábrica de tachos.

Se tomaron confianza y hasta intercambiaron chistes machistas.

Y el departamento se llenó de color, y todo dejó de ser frío e infeliz.

Hasta que sucedió.

Sucedió que William tomó el último billete del fajo, lo lanzó al tacho a cambio del último regalo.

Enseguida, el tacho pidió más.

- Tengo algunas monedas en el bolsillo que p...

- No! Monedas no! Me caen mal.

- Entonces?

- Es lo mismo que yo te pregunto a vos, amigo. - dijo Mr. Tacho.

William se puso de pie, y caminó hasta el perchero, esquivando las cosas que estaban tiradas en el piso, obsequios del tacho.

- A dónde vas?

- A la casa de mis padres. Voy a ver si tienen algo de plata para darme. - se explicó William, abrochando su campera de jean.

Era una hermosa noche, y en el camino por las desesperadas diez cuadras que lo separaban de sus padres, William pensó en el vacío. Si no conseguía un trabajo, si el tacho continuaba tan demandante, el juego se acabaría pronto.

Pero no quiso pensar más. Tan sólo corrió lo máximo que pudo.

Tocó el timbre de la casa de sus padres.

El padre de William miró el reloj despertador a un lado de la cama, y éste le señaló la una de la madrugada. Se levantó y atendió.

- William?... Qué hacés a esta hora? Pasó algo que estás tan agitado?

- Necesito que me hagas un favor. - le dijo el hijo. - Necesito que me prestes plata. Lo máximo que puedas, y en lo posible en billetes chicos.

- Pero, qué te pasa? Estás metido en la droga? Le debés a una mafia?

- No le debo nada Es para Mr. Tacho de Basura. Le gustan los billetes!  
El viejo no entendió.

La madre de William se levantó intrigada por el timbre y porque su marido no había vuelto a la cama. Llegó hasta la puerta de su casa y se encontró con su hijo y su esposo.

- Qué pasó? - preguntó temiendo algo malo.

- Mamá! – festejó el muchacho - Necesito plata y papá no me quiere dar!  
Podés prestarme vos? - le dijo William.

- No le des nada! Está drogado!! - dijo el padre - Dice que se le da de comer a un tacho de basura...

La mujer retrocedió unos pasos y sudó frío. Sabía que su hijo era de tener revires depresivos, pero nunca semejantes locuras.

- Mamá, es verdad! Si quieren, puedo llevarlos a mi departamento y mostrárselo. No hace nada. Es buenito...

La mujer siguió retrocediendo, trastabilló pero continuó. Luego desapareció en un llanto. Inmediatamente, el padre clavó la mirada en su hijo. Estaba empezando a odiarlo.

- Te voy a pedir que te vayas de acá o llamo a la policía!!

- Pero, papá...!

- No quiero escuchar nada! Quiero que te vayas ya mismo!!

William comprendió todo y agachó la cabeza. Dio media vuelta y se retiró por donde vino.

Cuando William llegó a su departamento, el tacho lo esperaba ansioso.

- Y?! Conseguiste?!

- No te conté cómo es la relación con mis viejos?... Nunca les importé.

- Entonces? No vamos a jugar más? - dijo el tacho con tono seductor.

William miró a su alrededor. No había dinero ni trabajo. Tampoco podía salir y vender las cosas que el mismísimo Mr. Tacho de Basura le había obsequiado porque...

- ... porque son tus regalos! Y tus regalos tienen un valor para mí...

- Aunque...

- Puedo vender esta mesa!

- Por qué no?!... Y el televisor! Y la video casetera! Y el armario!

William volvió a mirar a su alrededor. Sintió las cosquillas de la conciencia, las cuales le advirtieron lo que estaba por hacer. Pero, ya no importaba. Sus padres siempre le habían prohibido de todo, y gracias a eso se había convertido en un infeliz incapaz de salir a flote, tener grandes amistades, grandes mujeres, y tomar grandes decisiones.

William miró a todo a su alrededor y supo que si le lo proponía, lo lograría. Y eso sería una buena decisión.

Al cabo de diez días, ya no quedaba más nada por vender.

Todo había sido entregado a precios muy bajos, pero vendido al fin. La televisión, la video, los estantes, la mesa del comedor, las sillas, las banquetas, los libros, la mesada, los platos, los cubiertos, el calefón, la cocina, el microondas, el bidet, el inodoro, el lavatorio, las cortinas, la heladera, los vasos, la cama, el colchón, la mesa de luz. Todo había sido vendido, y el departamento de William se había convertido era un gran hueco dónde se sólo habitaban el muchacho, el tacho, y todos los adornitos.

En el lugar reinaba el frío de la desolación, pero había una especie de cuidado mutuo. O eso parecía. El tacho no era muy de fiar... siempre estaba esperando billetes y billetes, y se veía impedido de recapacitar para descubrir que estaba llevando a su amigo a la ruina y la miseria.

Por su parte, William se alimentaba de comida enlatada, bebía agua del caño que una vez había estado conectado al lavatorio, cagaba y meaba en un balde, dormía sobre diarios viejos, y nunca se bañaba.

Finalmente llegó el momento de la verdad:

- No tengo más plata, Mister... Ya vendí todo. Viste como les insistí a mis viejos llamándolos por teléfono. Pero nada. Incluso viste que pedí un crédito en el Banco y tampoco me lo dieron.

- Pero todavía te queda algo por vender... Está acá mismo, pero no te diste cuenta. – una pausa - Adiviná...

William y el tacho se mudaron a una plaza, junto a tres carritos de supermercado. Los mismos estaban unidos por una soga, y eran con los que contenía los objetos que el tacho le ofrecía.

El muchacho había vendido el departamento, y para el mes siguiente se había convertido en un linyera.

En cierta ocasión, llegó pedirle al tacho que hablara en público así podrían recolectar de los ocasionales transeúntes. Pero el tacho se negó. No quería compartir su secreto con cualquiera, salvo con William.

Debido a la mala pasada, el joven tenía que dejar sus cosas en el parque, y salir a mendigar. A veces conseguía un dinero, a veces nada. Por lo pronto, alcanzaba para algo de comida y para el tacho.

- Cuándo va a terminar todo esto? - le preguntó William a Mister, una noche frente a una fogata improvisada. Va a llegar un momento en que no voy a tener lugar donde poner todo lo que me das.

- Y, tiralas! Quién te pide que las guardes?

- Pero, Mister... son tus obsequios!

- Bueno, sí. Pero se pueden tirar. Ya los disfrutaste, y vas a tener que hacerte espacio para los que vengan.

Cuando el invierno del 2002 azotó a todo Tammerlane, la barba de William ya le alcanzaba el pecho. Los vecinos cercanos a la plaza juntaron firmas y pidieron que se mude a otro lugar, debido a que estaba cubriendo el paso de adornos y muñecos.

Fue entonces que William y las tres toneladas de objetos, más el querido Mister, tuvieron que tomar rumbo al campo, en el medio de la nada. Allí improvisó una choza y un galponcito de chapas para todos los objetos.

De esa manera, todas las mañanas, el muchacho salía a pie hasta el Centro del Pueblo a mendigar, para regresar por la tarde y alimentar al tacho.

Un día de mucho frío, el William se despertó tosiendo. Estaba muy cansado, y desde que hacía tiempo que había olvidado su salud y alimentación. Estaba demasiado flaco y muy sucio.

- Mister. Voy al Centro. Si tardo en llegar es porque pasé por el Hospital.

- Como quieras!... Y no te olvides de mendigar en la puerta del Hospital! Ahí siempre se consigue algo bueno.

Se despidieron.

Cuando el muchacho se alejó, el tacho se quedó a que se haga la tarde para volver a comer. Y pensó...

- A la larga, lo estoy empezando a querer. Este William no me había caído en gracia... como ninguno de los seres humanos. Pero al final se jugó por mí. Es fácil de manipular, y es un buen tipo.

El tacho miró el horizonte, y vio como William caminaba por el costado de la ruta. Alrededor de ellos, todo era campo.

- Sí... la verdad que le tomé cariño a este tipo. Pero no puedo. No puedo parar de pedirle. Me encanta! No puedo negarlo. No puedo dejar de rogarle. Es mi naturaleza! Nací así y seré así por siempre. De todas formas, no tengo de qué preocuparme. El es feliz de esta forma: lleno ese hueco que tiene en el alma, lo entretengo, incluso le charlo... y eso lo hago gratis.

El tacho miró a William, y éste ya había desaparecido.

Cuando William llegó al Centro, se ubicó donde siempre para mendigar. Sacudió el polvo de su saco roñoso, tosió un poco y pensó en su familia y amigos. Los extrañaba mucho.

Extendió el brazo y esperó.

Pensó en el trabajo, pensó en una buena comida, pensó en una buena mujer, en un par de hijos, en la televisión. Pero todo estaba tan distante. Volvió a toser con fuerza, y una ráfaga de viento frío azotó sus pegajosos pelos. Una mujer le dejó una moneda en la mano.

Volvió a toser, y sintió el sabor de la sangre. Pero no le dio importancia.

- Voy a estar bien... – se dijo, y le sonrió a las palomas que picaban algunas migajas cerca de él.

Por la tarde, una ambulancia retiró su cadáver de la vereda. Los enfermeros lo revisaron por algún documento, pero no hallaron nada, salvo un par de monedas, un par de billetes y una foto anterior a la época del tacho.

Noches después, Mr. Tacho seguía en el medio del campo, junto a la pila de porquerías, esperando a que William regrese.

Se puso impaciente.

Y fue ahí cuando comprendió el sentido de la palabra vacío.

FIN